

30: El Bocado de la Muerte - La Carrera Perfecta

- [30: El Bocado de la Muerte - La Carrera Perfecta](#)

30: El Bocado de la Muerte - La Carrera Perfecta

“¿Quieres ser mi amigo?”

Las palabras del peluche resonaban en el pasillo, mientras Ryan se encontraba atrapado entre dos criaturas monstruosas. Por un lado, una abominación despiadada que parecía una afrenta a la naturaleza, y por otro, Frank el Loco. Psyshock permanecía en la sombra, esperando cuidadosamente una oportunidad.

El peluche y Frank intercambiaron miradas, dos depredadores en la cima reconocían a su rival. La tensión se volvía palpable, mientras el conejo arrojaba el cuero cabelludo del Chico Pálido, y Frank adoptaba una postura de combate tipo krav maga. Voces susurrantes y eldritch resonaban en el pasillo, prometiendo una destrucción dulce a todas las criaturas vivientes.

“Detrás de mí, señor Vicepresidente,” le dijo el gigante a Psyshock, con la vista cautelosa en el conejo. “Es un conejo afgano.”

Un silencio tenso se prolongó durante varios agonizantes segundos. Nadie tenía la valentía para dar el primer paso. Las orejas del peluche giraron hacia Psyshock con una amenaza apenas velada, mientras los dedos de Frank se agitaban nerviosamente. Ryan contuvo el aliento, sabiendo que los próximos segundos decidirían el destino de toda la carrera.

Y entonces...

Y todo comenzó. El conejo saltó hacia adelante, extendiendo sus garras- cuchillas, mientras Frank soltaba un bramido bestial y cargaba. David contra Goliat. Robot contra robot. Hombre contra conejo.

De esta épica batalla...

De esta épica lucha, no se diría nada, pues Ryan huyó.

Al comprender que moriría si quedaba en medio del fuego cruzado, el mensajero detuvo el tiempo por diez segundos. Corrió hacia Frank, deslizó con seguridad por el suelo entre las piernas del gigante, y rápidamente se levantó para escapar hacia el otro extremo del pasillo.

“¡Te quiero tanto!” escuchó desde atrás.

Y el tiempo seguía detenido.

Desafortunadamente, en cuanto el tiempo volvió a fluir, Psyshock azotó a Ryan en el torso con su brazo tentáculo desde el techo, habiéndose aferrado a él como una araña que espera a su presa.

Gracias a la droga Rampage, Ryan no sintió el dolor, aunque escuchó cómo una de sus costillas se quebraba bajo la presión. El impacto lo proyectó aún más lejos en el pasillo, iluminado por destellos de luz carmesí. El búnker tembló mientras Frank golpeaba frenéticamente el suelo y las paredes en un intento infructuoso por atrapar al conejo.

“Parece que eres bastante frágil, Cesare,” musitó Psyshock, saltando con sus cables e intentando inmovilizar al mensajero en el suelo. “Puedes esquivar mil veces, pero solo puedes tropezar unas cuantas.”

Ryan logró rodar para evadir el ataque, rápidamente poniéndose de pie y huyendo. Psyshock lo perseguía, mientras los dos demonios permanecían atrás, luchando entre sí.

Finalmente, Ryan salió del pasillo para entrar en otra cámara subterránea, donde lámparas incrustadas en paneles negros decoraban las paredes; sobre el suelo, manchas de sangre reciente resaltaban en el metal. Siete termos llenos de líquidos de colores, uno para cada Elixir, estaban alineados en una pared cercana. Conectados a máquinas extrañas, tres de estos contenían animales mutados; Ryan luchaba por verlos claramente a través del líquido, pero distinguió en el tubo violeta una extraña criatura híbrida entre lagarto y perro, del tamaño de un dóberman. El laboratorio tenía dos puertas de doble apertura, una abierta y otra cerrada.

Las tentáculos de Psyshock se lanzaron hacia Ryan, quien finalmente se recuperaba de su enfriamiento. El mensajero esquivó con un salto lateral tras una breve detención de tiempo de dos segundos, el fármaco en su sistema ayudándole a combatir el dolor de la costilla rota.

“¿Eso es todo lo que tienes?” burló Ryan a Psyshock, mientras ambos se enfrentaban. “¿Supongo que es más fácil con las colegialas japonesas?”

“Elegante,” respondió la medusa de cable, lanzando uno de sus tentáculos. Esta vez, en lugar de esquivar, Ryan lo agarró con sus manos. Con la fuerza aumentada por la droga Rampage, giró sobre sí mismo y lanzó a Psyshock contra una pared cercana. El Psycho logró recuperarse, pero rápidamente quedó inmóvil.

Los pasos pesados resonaron cerca de la puerta de blindaje abierta, indicando que algo enorme se desplazaba hacia el laboratorio subterráneo.

—Vaya, vaya—interrumpió una voz juguetona con un acento neoyorquino grueso—, ¿qué tenemos aquí?

Una figura imponente, no tan alta ni corpulenta como Frank, pero cercana a él, atravesó la puerta de blindaje rota. Un Psycho obeso, con el poder de transformar su piel en una aleación de carbono negro indestructible, ya se encontraba transformado al aparecer. El hombre estaba muy mutado; su rostro, lleno de cicatrices prominentes, exhibía dientes grandes como los de un hipopótamo. Vestía con ropa de los años cincuenta, aunque tenía agujeros humeantes, probablemente por láseres.

Y sus ojos... sus ojos marrones brillaban con una mezcla de astucia malévol y narcisismo maligno. Echó una mirada breve a Psyshock, quien se sometió instantáneamente sin decir palabra.

—Gran, gran Adam—dijo Ryan dramáticamente—, por fin nos volvemos a encontrar en la gordura.

—Oh, vaya—contestó la criatura inflada—, ahora tenemos aquí un nuevo Mark Twain. Qué agudeza afilada. Harías sentir orgulloso a Oscar Wilde, amigo.

Era el tipo de criminal más peligroso.

El que tenía sentido del humor.

—Has estado causando problemas allá arriba, idiota—dijo Adam, manteniendo la mano izquierda detrás de la espalda y la derecha expuesta—. Hace un rato que te observo a través de nuestras cámaras. Perdona no haberte dado la bienvenida en persona; estaba ocupado con asuntos importantes.

—Bueno, gordo, ahora que nos conocemos mejor, ¿quizá podamos discutir tu plan para conquistar Nueva Roma con un ejército de robots durante la cena?

Adam se rió con un gesto burlón.—Estás muy conectado—reflexionó—. Siempre están conectados cuando dicen eso. Lo siento, compañero, no te daré ninguna explicación.

No estaba de más intentarlo.

—Espera, ¿qué dijiste? ¿Que volveríamos a encontrarnos?—Adam chasqueó los dedos—. Eres hijo de Bloodstream. Cesaire, ¿verdad?

—Césare—corrigió Psyshock, claramente ansioso por atacar a Ryan, pero lo suficientemente sagaz como para hacerle el favor a su jefe.

—¿Es esa la razón de todo este alboroto?—preguntó el Gran Gordo Adam, alzando una ceja mientras ecos de explosiones resonaban en el pasillo cercano—. ¿Una cuenta pendiente? Eso ya pasó, amigo. Eso ya pasó.

—Fue una reacción impulsiva, en realidad—se encogió de hombros Ryan—.

—Bueno, sea cual sea el caso, cuando invades mi hogar y comienzas a matar a mis hombres, eso lo tomo muy en serio, compañero. La diversión terminó—sentenció—. Se acabaron las bromas.

—Bueno, fue divertido. Creo que ahora solo me explotaré a mí mismo—dijo con una sonrisa burlona.

—Compañero, sobreviviremos a tu bonita correa—sonrió Adam, aunque su rostro nunca alcanzó sus ojos—. Tú no lo harás.

—¿Una pelea hasta la muerte entonces?—Ryan comenzó a mover los pies y a practicar sombra—. Estoy listo para varias rondas.

—No será una batalla, chaval—le explicó—. Tú estás equivocado en algo. La prensa me llama Gran Adam porque no quieren aceptar lo que realmente soy, pero mi verdadero alias...—sonrió, mostrando tres filas de dientes afilados—. Es Adam el Ogro.

Reveló su mano izquierda, y Ryan se estremeció.

Adam sostenía en sus dedos a un adolescente herido y ensangrentado, no mayor de catorce años; probablemente un habitante de Rust Town, claramente de ascendencia árabe o turca. El prisionero tenía lágrimas de terror en los ojos, suplicándole con la mirada que lo salvase.

“Y aunque prefiero comer francés,” dijo Adam con una sonrisa malvada, sujetando a su cautivo con ambas manos como si fuera un sándwich, “puedo conformarme con un kebab.”

Abrió su boca y se preparó para morderle la cabeza a su prisionero.

El tiempo pareció ralentizarse mientras Ryan pensaba frenéticamente en la situación, y ni siquiera era por su poder. Claramente era una trampa, un golpe cruel para desequilibrarlo mentalmente. El mensajero había llegado demasiado lejos de todos modos, y tratar de rescatar al adolescente probablemente sería en vano. Todo lo que podía perder al intentarlo era mucho, en lugar de sacrificar al rehén y escapar para explorar más el búnker.

Pero había ciertas líneas que Ryan no podía cruzar, aún sin considerar las consecuencias. Después, sería una pendiente resbaladiza.

El mensajero congeló el tiempo y se lanzó contra Adam, golpeando la mano del ogro con todas sus fuerzas.

El puño se rompió.

El suyo, es decir, los huesos de Fisty y Ryan se fracturaron en el impacto.

Cuando el tiempo volvió a la normalidad, el mensajero ni siquiera vio el puño de Adam impactar en su pecho. Solo escuchó el choque, junto con el crujido de sus costillas y columna fracturadas por la tensión. El golpe no detonó el cinturón explosivo, pero hizo que el mensajero volara contra el tanque azul. El vidrio se agrietó en el impacto, y gotas de líquido cayeron del cuerpo de Ryan.

Los efectos de Rampage lo protegieron del dolor, pero el mensajero ya no sintió sus piernas. Tosió sangre, un líquido cálido llenando sus pulmones.

“Ustedes, mártires, siempre son iguales,” lo provocó Adam, arañando el cabello de su prisionero con su dedo como si fuera una mascota. “Sabía que harías eso cuando detuviste tu furia para salvar a nuestros probadores. Psyshock, abre su cerebro antes de que llegue a su fin. Quiero saber quién nos envió al niño tras nosotros.”

“Cierra los ojos, Cesare,” dijo Psyshock con deleite, sus tentáculos girando alrededor del cuello de Ryan y levantándolo del suelo. “Es más fácil cuando apartas la vista.”

Este era el fin. Bueno, fue divertido mientras duró, aunque los últimos segundos apestaron.

Ryan gritó su palabra segura.

“¡Jar Jar Binks!”

El cinturón emitió un pitido, antes de explotar en una llamarada ardiente que los hizo estallar a ambos en una explosión de fuego.

Y así terminó la vacaciones de Ryan.

Al regresar unas horas antes, conduciendo hacia el bar de Renesco, el mensajero se sentía como alguien que vuelve de una fiesta descontrolada. Se divirtió, pero ahora era hora de ponerse serio otra vez.

¿Debería hacer otra carrera de Dynamis, profundizar en la conexión con el Meta? Tenía la sensación de que eso sería inevitable, incluso si lograba borrar a Hannifat Lecter y a sus secuaces de la faz de Nueva Roma.

Sin embargo, Ryan solo veía una forma de matar a Psyshock de manera definitiva, y esa opción era exclusiva de Augusti. El mensajero ya había avanzado bastante en ese camino, y quería ver cómo se desarrollaría esa reunión.

Así que Ryan se preparó para regresar al Camino de Augusti...

Hasta que recordó que tendría que volver a visitar a Len.

Para mantener la secuencia de los eventos, tendría que decir las mismas cosas, hacer los mismos movimientos, atravesar las mismas tristezas hasta que todo se convirtiera en rutina. Cada sentimiento, cada momento especial, vaciado de su sustancia y singularidad. Un vínculo ancestral convertido en una formalidad.

Como todo lo demás.

Ryan estacionó el coche en el primer lugar que encontró, con las manos en el volante. Se quedó allí unos segundos, tratando de recopilar sus pensamientos. Activó la Cronicodifusora, poniendo algunos Blues Postapocalípticos de fondo.

“Len,” dijo de repente el mensajero. “Sé que estás escuchando, Clavito. Observándome. Debes hacerlo, de alguna manera.”

No obtuvo respuesta, ni ningún cambio en el mundo que lo rodeaba. Pero Ryan continuó.

“Tienes una mesa cerca de tu sofá, en tu apartamento submarino. Actualmente estás leyendo a Karl Marx, Hegel, y el libro Veinte mil leguas de viaje submarino que encontraste en Venecia. Los has conservado todos estos años porque eres un fanático de los barcos, y eso nunca cambiará.”

Ryan miró por la ventana, hacia el sol que brillaba sobre el pacífico Mar Mediterráneo. No pudo ver a nadie asomándose por encima del agua. Tal vez ella sí, tal vez no.

“Lo sé porque estuve allí. Así como sé que entregas suministros y dinero a los huérfanos en Rust Town, y que deseas llevarlos a tu complejo bajo el mar. Antes de que pienses que he teletransportado allí, o que esto es una película de terror de acosadores, voy a decirte un secreto. Mi secreto.”

Ryan respiró hondo y lanzó la bomba.

“Len, puedo viajar en el tiempo, mentalmente. No muy lejos, pero puedo revivir los mismos eventos una y otra vez. Bebí el Elixir Violeta aquel día fatídico, y eso me concedió ese poder. Desde tu punto de vista, han pasado solo cuatro años, pero para mí? Han sido muchas vidas. Probablemente soy más viejo que la mayoría de los países ahora. He olvidado más de lo que tú aprenderás alguna vez. Pero nunca, nunca te olvidé.”

Aquí estaba, poniéndose sentimental y cursi. Se sentía tan extraño, como si el mensajero descargara una carga que había pesado en sus hombros durante días.

“Yo...” Ryan luchaba por encontrar sus palabras, que brotaban del corazón. No era bueno en esto, ni siquiera antes del ciclo. “Sé por qué no quieres verme. Me lo dijiste en otra historia, ahora borrada. Por qué te dañé con simplemente mi presencia. Me odias por lo que hice a tu padre, y cómo te recuerdo los días oscuros. Y yo... Lo entiendo. Lo entiendo.”

Aún dolía recordar esa conversación, pero lo comprendía.

“Quiero ayudarte, Len. Porque... porque me importas. Pero no sé cómo puedo hacerlo. Nunca supe. Algunos dicen que debo perseverar, otros que debo dejar que sigas tu propio destino sin interferencias. Y... y no quiero aprender la mejor manera, Len. Porque eso significa repetir innumerables pruebas y errores. Tendremos las mismas conversaciones una y otra vez, olvidarás todo, y cada momento especial que compartimos se volverá rutina para mí. No serás un amigo, serás un objetivo.”

Aún sin respuesta.

“No quiero hacerte eso,” insistió Ryan. “Así que, si... si estás escuchando, y hay alguna posibilidad de que podamos reconciliarnos y encontrar una forma de evitar esa maldición mía, por favor, dame una señal. Si no... si no, te dejaré en paz. Seguiré actuando para salvar a los huérfanos de Adam y su banda, pero nunca volverás a saber de mí. Desapareceré de tu vida. Porque, de otra manera, dolerá demasiado, para los dos.”

Miró hacia la entrada del camino. “Por favor, te lo suplico,” imploró Ryan, “dame una señal. Cualquier cosa.”

Su frente impactó contra el volante. “No me dejes solo otra vez.”

Segundos, minutos, se extendieron, solo acompañados por el ruido de los autos a su alrededor.

Al no recibir respuesta, Ryan suspiró, recuperó la compostura y se preparó para atropellar a Ghoul una vez más. Si el mensajero esperaba más tiempo, quizás llegaría demasiado tarde para impedir su ola de asesinatos.

Su voz surgió del Chronoradio.

“Encuéstrate conmigo en el orfanato.”